

Sangre azul

- 1950 -

La casa de paredes de piedra gris se levanta sobre un montículo arenoso. Tras ella se enjambra un bosque de eucaliptus. No lejos e incansable, el mar acosa la playa.

* * *

El viento juguetea entre las hojas. Se hace irreal como si fuera la respiración de cien geniecillos que habitasen esos árboles. Por momentos parece soplar con más fuerza y entonces no se escucha con claridad la voz de la nodriza; pero luego decrece y todas esas palabras, un poco arrastradas y como perezosas, vuelven a perforar el silencio.

-... y el rey, este rey del cual te hablo, dueño de todas las tierras que puedas imaginar, no quería que su hija, la princesa... eh... ¡Margarita!, sí, Margarita, fuese la esposa del joven Pedro, pues este no tenía sangre azul...

-¿No tenía... qué no tenía? -interrumpió el pequeño Pablo. Sus grandes pupilas recorrieron desde esos anchos pies hasta aquel rostro bonachón, todo el cuerpo del aya. Por un instante se le ocurrió una inmensa montaña junto a la cual se acurrucara, pues el niño estaba sentado en el suelo y la mujer, sobre un banco. Y toda su prodigiosa sombra se derrumbaba sobre él como un ala desproporcionada.

-Sangre azul.

-¿Sangre azul? ¿Qué es sangre azul, Sebastiana?

-Es... es la sangre que tienen los reyes. Las reinas, los príncipes... Nosotros tenemos sangre roja; pero ellos... es diferente...

Como una chispa que brota de pronto junto a un reguero de pólvora, las palabras despertaron algo en el niño. ¿Qué era esto? Sangre azul... sangre roja. ¿Por qué? Y sin embargo...

-Entonces -comenzó Sebastiana- la princesa...

Pero Pablo ya no la escuchaba. Súbitamente perdió interés por el relato. Era extraño. Hasta ese momento lo había fascinado; pero ahora... ¡tenía tantas cosas en qué pensar! Ahí acostado sobre el pasto, se preguntó: ¿Por qué los reyes tenían sangre azul? ¿Acaso no eran seres humanos como él, como sus padres, como Sebastiana? Pero ¿y esa conversación que sus padres sostu-

vieran días atrás? La recordaba con precisión. Detalle a detalle. Había sido a la hora de sobremesa. Él se divertía en tirar migas a la botella que guardaba el vino. Su madre... sí, su madre dijo: "Es muy humano -al fin, y al cabo es un hombre. Por muchos títulos que tenga y por muy rey que sea, es un hombre". Él detuvo su juego y, sosteniendo todavía una miga áspera entre los dedos, preguntó: "¿Mamá, los reyes son como nosotros? Y las princesas ¿son como tú? ¿O tienen cabellos de oro, uñas de plata y pies de marfil?". Su madre no respondió; pero al mirar a su marido, una especie de sonrisa recorrió sus labios. ¿Por qué? ¿Algún secreto? ¿Cuál era ese secreto? ¿Cuál?

-¿Qué hacer? se preguntaba la princesa...-la voz de Sebastiana parecía hueca. Quizás un sonido que no halla su eco.

Pablo se levantó suavemente y dirigiéndose hacia un inmenso álamo, apoyó su cabeza sobre el tronco. Entre las callosidades vio una arañita, pequeña, frágil, que subía presurosa hacia el follaje. La tomó entre el pulgar y el índice y la apretó. Psst, saltó un hilillo de sangre. Miró sus dedos y vio que era viscosa, gris, pero no azul, azul...

Azul, azul, azul, el color danzaba ante sus ojos. Nieblas azules que giraban sin rumbo, como persiguiéndose, silenciosamente. Mil cintas de bruma anillándose, poco a poco formando esa esfera que rota y rota y rota... nada de pronto.

Todo ha desaparecido. Solo persiste esa claridad azulena. Una luz que procede ¿de dónde? Extraño. Allá, lejos, dibujanse con rapidez algunas figuras. Trazos leves, casi esbozos. Y se acercan y se agrandan. Se les escucha venir aun cuando su paso es silencioso. Y se acercan, agrandan.

Ya son monstruosos. Ya están encima. No se les puede distinguir bien aún. Mas ahora sí: ve que no tienen ojos, no tienen boca. Son solo masas de algo que se estremece. Y son azules, intensamente azules. Ve también venir un tigre, aquel del pelaje sedoso con manchas violeta. Gruñe, ¿lo escuchas? ¡No, no! No se le puede oír, pues sus gruñidos son mudos. Pero gruñe, se sabe. Como también se sabe que araña los lomos de aquellos elefantes. Mas ¿de dónde surge esta claridad? ¡No, no! Ya se acerca el tigre y todos, todos esos elefantes. ¡No, no! ¡Ya están junto a él! Pero pasan, pasan y pasan. Siguen hacia ¿hacia dónde?

Y hay una gran claridad azul.

Música de silencio. Casi un presentimiento. En el largo camino aparece la interminable caravana. Doce esclavas morenas arrastran el carruaje. Hay miles de lunas celestes en el cielo.

Hay estrellas también, miles de estrellas. El carruaje es una concha de nácar. Música de silencio. Casi un presentimiento. En él se yergue la princesa. El viento agita sus cabellos de oro y... y tiene uñas de plata y pies de marfil! Cantos lejanos. Palabras que no tienen sentido, se hacen música de

silencio. Casi un presentimiento. El carruaje se ha detenido. Una de las sirvas se acerca a la princesa y la hiere en el brazo con un alfiler de diamante. De la herida la sangre brota lentamente y la esclava la recibe en una copa de piedra. ¡Pero esa sangre es azul! Tan azul como el canto de un ave. Hay música de silencio. Casi un presentimiento. La copa está en el suelo, piedra sobre piedra, eco sobre eco. Y de ella parece brotar ese rumor, imágenes de palabras, un grito que... Es el humo, aquel humo azul que se trenza y se destrenza, que se abraza y se separa, que no ciñe sino brumas, otras brumas, hijas de esas mismas brumas. Y hay una gran claridad azul. Pero el hombre ha surgido. Es todo azul el también. Como un trozo de metal. Y su mirar es profundo al igual que viese a través de las cosas. Se acerca a la princesa. Rumores lejanos. Las nieblas espesan. Flota siempre ese algo blando en el aire; pero se multiplican las brumas, una tras otra, y giran, giran, giran...

-Pablo... ¡Pablo! ¡Pablo!

Despertó sobresaltado. Era la voz de Sebastiana a lo lejos.

Todo aquello... ¿era eso un sueño? Las preguntas se atropellaban. Pero ¿y esa princesa? ¿Aquel hombre? Él los había visto, ahí, junto a él. Si hubiese querido los podría haber tocado con sus manos. ¿Era entonces un sueño?

-¡Pablo!

* * *

La cena ya había concluido. Sobre la mesa revoloteaba una extraña desolación. Era como si todas esas cosas, servilletas retorcidas, copas a mitad llenas, cáscaras de frutas, fuesen ruinas de algo que existía hace un momento. Pablo pensó en una imagen que días atrás hallara en un libro tomado al azar. Representaba una ciudad arrasada por la tribu enemiga: solo quedaban algunos muros, semi escombros; aquí, allá, brotaban lentas columnas de humo y sobre todo aquello parecía desplomarse un gran silencio. Era el mismo silencio que presentía ahora. Algo cansado y muy distante. Casi presencia y no solo idea. Alzó sus ojos hacia el techo y allí, tan alta, vio la inmensa lámpara envuelta en su luz pálida.

Sebastiana apareció reclamándole para que fuese a dormir. Su presencia disolvió de golpe aquel extraño clima. Había algo en la mujer, tal vez una invencible vitalidad, que rompía todos los silencios. Pablo la miró y luego volvió sus ojos decepcionados hacia su madre:

-Mamá, ¿puedo salir un rato al parque?... Es temprano.

-Bueno, pero solo por un cuarto de hora... y sobre todo no te acerques al bosque ni a la playa. Sebastiana irá contigo.

La nodriza tuvo un gesto de desagrado y murmuró entre dientes. Luego, en voz alta:

—Espera... ya voy. Tengo que ir a buscar.

Pero Pablo no escuchaba ya. Corría hacia el jardín. Al llegar, un viente-cillo helado le azotó el rostro; pero era solo una ligera brisa, pues las copas de los árboles estaban inmóviles. Tras ellas, se asomaba una luna inmensa.

Sin rumbo fijo, se dirigió al bosque. Un aroma azucarado lo invadió. Olor a naturaleza inactiva, abandonada, lánguida el de esos eucaliptus.

Fue tan súbita esta sensación que tuvo un corto vahído; pero luego, re-puesto, siguió avanzando. Atravesó el bosque. Veía los gruesos troncos, las hojas plateadas en la negrura. Luz de luna filtrábase entre las ramas, tamizada en su sedosidad. Echó a correr y bajo sus pies algo gemía como si el bosque hubiese encontrado una voz.

La playa. Estrellas espejeaban sobre el mar sembrándolo de puntos luminosos. Las olas acariciaban la arena. Pablo cayó de rodillas. Su mirada se hundía allá, en el horizonte. Y las preguntas, nuevamente las preguntas, comenzaron a acosarlo.

Las olas... ¿De dónde? ¿Hacia dónde? Mas aún ¿qué son las olas? Hasta ese día solo las consideró como... como olas. Pero hoy comprendía que ocultaban alguna razón. ¿Pero cuál? Esa razón que presentía, mas no lograba hallar. ¿Por qué? ¿Por qué no había olas en el estanque cercano a la casa? ¿Por qué aquellas aguas eran inmóviles? ¿Por qué agitadas estas?

Sobre la superficie inmensa, tan grande que la mirada no encuentra jamás su antigua huella, nace un pliegue, uno entre otros mil. Y comienza a elevarse, alzándose en vaivén de brisa, hasta llegar a ser ola. Entonces, solo entonces, arquease hacia atrás mostrando su vientre de plata. Luego... luego es la belleza. Vibrante y viva. Pablo recordaba la frase que pronunciara su tío, aquel tío lejano y misterioso que su padre llamó “soñador incorregible”: “en la noche, como un ala de sombra, la ola se despedaza presa de su propio vértigo”. No comprendía bien el significado de todas las palabras; pero el sonido era tan hermoso, dulce y a la vez enérgico. ¡Y eso era una ola! Algo dulce y enérgico.

Era verdad. La ola se despedazaba. ¡Sí! despedázase y llega hasta nosotros, agua y espuma ya. Pablo hundió sus manos en la arena. Sintió la tibieza que ella conservaba y experimentó un inmenso bienestar.

Pero ¿por qué el estanque no tenía olas? ¡Ah si supiese el porqué de todos aquellos por qué! ¿Dónde hallar la respuesta única y total? Aquella que descifrara de una vez el enigma de las olas, del estanque... y de esa sangre azul. Sangre azul... Es la de los reyes, había dicho Sebastiana. ¿De los reyes? ¿Por qué? Acaso... acaso él no tendría sangre azul. La idea lo saturó de pronto. ¡Quizás!

Miró su antebrazo. Y ahí sobre la piel tan blanca, vio dos o tres rayitas, finas, muy finas, y azules... ¡azules! Un resplandor de luna bañaba el rostro

de Pablo y parecía que las estrellas hubiesen bajado hasta sus pupilas. Sentía una embriaguez. La dicha repetía en él su nota mantenida. Y una sonrisa danzaba sobre sus labios.

¡Tenía sangre azul! Y era la dicha. Como si sus venas se hubiesen iluminado. Como si por ellas se deslizase algo semejante a suavidad de luna o al ulular de una brisa.

Por un momento sintió que a su alrededor —mar, viento, noche— el mundo en fin, se detenía. Y era su pulso, tan rítmico y sonoro, el que arrastraba tras sí las cosas, activándolas nuevamente.

* * *

—Pablo... Pablooo...

La voz llegaba hasta él suavizada por el espacio. El viento había avanzado por la playa y enloquecía entre los eucaliptus. El cadencioso romper de las olas determinaba la noche.

Debía ser tarde. ¿Cuánto tiempo que estaba en la playa? No sabía. Horas quizás. Ese tiempo no había tenido sentido. Pero ahora, aquellos gritos. En la casa lo debían estar buscando. Se incorporó. Oía voces a lo lejos. La de Sebastiana. Corrió, atravesó el bosque. Ojalá su madre...

Sebastiana erraba entre los árboles. Al verlo, la mujer lo abrazó y comenzó a sollozar:

—¡Ay! Pablo, qué susto nos has... —pero luego, reaccionando, agregó enojada: —Vas a ver, tu padre está furioso, y no te defenderé esta vez.

No escuchó las frases ni los sangrientos castigos con que lo amenazaron. Todas aquellas palabras parecían no tocarlo. Sólo pensaba. ¡Soy un príncipe! y le habría gustado gritarlo, repetirlo mil veces en voz alta. Pero no, no era posible: todos hablaban al mismo tiempo y cada uno, a su manera, aliviaba su nerviosidad. De súbito, se produjo un breve silencio. Pablo, extendiendo su brazo, gritó lleno de entusiasmo:

—¡Soy príncipe!... Miren...

El padre enrojeció. Una cólera irrefrenable contrajo su rostro y de su boca brotó una sola palabra que cayó como una daga:

—¡Estúpido!

El silencio desplomóse sobre ellos. Solo al cabo de algunos segundos la madre lo rompió al decir:

—Ve a acostarte.

Sebastiana lo desvistió sin decir palabra. Los pensamientos perseguíanlo como palomas alocadas. Estaba excitado. Sus sienes latían aceleradas. Pero una gran dicha lo embargaba.

Ya en su cama, se durmió con prontitud.

* * *

Escuchaba susurros. Quedos, muy quedos. Venían de aquella niebla que parecía envolverlo.

-Eres príncipe -murmuraban.

-¡Tienes sangre azul!

Y luego otra voz:

-Mañana tendrás una corona...

-Y un manto borlado de armiño -agregaba una cuarta.

Brumas lo rodeaban. Extrañas... poseían luz. Solo veía su reflejo.

-Pero... ¿eres príncipe?

-¡Sí lo es!

-Muéstrame tu sangre...

-Tu sangre azul.

-Muéstrame.

-¡Muéstrame!

Mil dedos se cernían sobre él. Entre esas olas de vapor aparecía aquel hombre. Lo veía avanzar, todo azul. Como un trozo de metal. Y ya estaba encima de él. ¡No! No era posible y sin embargo, sí. Reconocía en él sus propios rasgos, sus pupilas inmensas, sus...

Despertó en la mitad de la noche. En viento afuera seguía rugiendo. Las ventanas estaban abiertas y las cortinas semejabán las alas de algún pájaro herido. Dentro, reinaba el silencio, interrumpido solo por la respiración acompasada de Sebastiana que ya dormía en la pieza vecina.

¡Era él entonces! Sentía su corazón golpear con fuerza. Un príncipe. Hasta la ventana llegaba la canción de las olas, lejana y misteriosa. Sí, las olas poseían una canción, también el viento y... aun su alegría había descubierto una voz.

Mas retomaba aquel torbellino de pensamientos. Ideas. Razones. Pre-sentimientos. Lo había llamado "estúpido" ¿por qué? ¿Acaso no había rayas azules sobre su brazo? ¿Acaso no era verdad que tenía sangre de reyes? ¿O quizás su padre ocultaba algo? Su origen...

Ahora todos dormían. Se sentía más dueño de sus actos. Y, no sabía por qué, la resolución se hizo un hecho. Una inmensa angustia lo saturó y solo pensó en saber. ¡Saber! La verdad. Toda. Palpar aquella, la raíz de todas las dudas que se escurría eternamente. ¡Saber! No importaba cuán cruel fuese lo que conociera.

Sus pies parecían no tocar el suelo. Bajaba por la inmensa escala de madera y en cada peldaño deteníase temeroso, escuchando. Finalmente, llegó al largo corredor donde se abrían todas las piezas del piso bajo. A través de los ventanales percibía la luna, los árboles que se agitaban al paso

del viento; sin embargo, no se oía el rumor de las hojas. Y había algo de macabro en aquel mudo aletear.

Entró al comedor. Hizo luz. La súbita claridad pareció acobardarlo. Pensó en volver a su estancia, volver a subir por aquella escala eterna, cobijarse en el lecho que aún debía estar tibio; pero vio aquel cuchillo olvidado sobre la mesa. Captaba la luz en su lama, la destrozaba.

¡Ah! qué fascinación. Se iba acercando lentamente. Y la idea adquiría sus contornos, se completaba, apareciendo en su desnuda perfección.

Con un movimiento rápido, empuñó el arma. Ya ni pensaba. Ante él todo era un inmenso vacío. Sus nervios se hacían tensos como... La hoja metálica cayó relampagueante sobre su muñeca. Implacable. Cruel.

Al comienzo no sintió reacción; pero luego un fuerte dolor, algo como una horrible llama que recorriese su cerebro, lo hizo desvanecerse. A los pocos segundos recobró sus sentidos. Entonces miró: la sangre brotaba en chorros intermitentes, una sangre espesa, de un color rojo. ¡Rojo! Tan roja... como solo la sangre puede serlo.

Llevó su brazo a la boca y un gusto cálido la invadió. Una inmensa laxitud distendió sus músculos y le pareció que una suavidad penetraba en él. Dos lágrimas aparecieron en el borde de sus párpados. Eran pesadas. Como si contuviesen algo. Fueron resbalando lentamente por sus mejillas hasta caer.

Pablo se desplomó. Fue como si en esas dos lágrimas todos sus anhelos, su vida íntegra, hubiesen estado contenidos.